

suicidio del ángel») —y que, como ya se dijera, mediante el mismo, por una suerte de fluir psíquico el personaje mismo nos conduce al trasmundo de lo evocado, de lo onírico o de los aparentes estados dormidos, de lo epileptoide o de la dislocación mental— es una de las modalidades narrativas con las que Sábato realiza un escurridizo escape como narrador para ponernos frente al «ser» y la realidad inmediata de sus personajes torturados. Unas veces, el escritor está a la par de su personaje, inmiscuido en él; otras, está absolutamente distante. En el primer ejemplo que se expondrá, vemos al novelista en la inmediatez de su personaje, entreverándose participante de la angustia; en el segundo («Informe sobre ciegos»), el autor se habrá alejado, para dejarnos solos, a la par de un demoníaco como lo es Fernando Vidal.

Alejandra ha llevado a Martín al Mirador, donde le hace insospechadas revelaciones, pero, a la vez, el escritor hace que ella caiga en el ensimismamiento retrospectivo y evocador para que nosotros nos acerquemos al borde de las profundidades más oscuras de su espíritu y así obtener una sugestión angélico-demoníaca de su ser.

Esa chica pecosa es ella: tiene once años y su pelo es rojizo. Es una chica flaca y pensativa, pero violenta y duramente pensativa; como si sus pensamientos no fueran abstractos, sino serpientes enloquecidas y calientes. En alguna oscura región de su yo, aquella chica ha permanecido intacta, y ahora ella, la Alejandra de dieciocho años, silenciosa y atenta, tratando de no ahuyentar la aparición, se retira a un lado y la observa con cautela y curiosidad. Es un juego al que se entrega muchas veces cuando reflexiona sobre su destino. Pero es un juego difícil, sembrado de dificultades, tan delicado y propenso a la frustración como dicen los espiritistas que son las materializaciones: hay que saber esperar, ajeno a pensamientos laterales o frívolos. La sombra va emergiendo poco a poco y hay que favorecer su aparición manteniendo un silencio total y una gran delicadeza; cualquier cosita y ella se replegará, desapareciendo en la región de la que empezaba a salir. Ahora está allí: ya ha salido y puede verla con sus trenzas coloradas y sus pecas, observando todo a su alrededor con aquellos ojos recelosos y concentrados, lista para la pelea y el insulto [52].

En «Informe sobre ciegos», el autor se habrá alejado, en una mágica apariencia. Debe recordarse que esta parte constituye la angustiante búsqueda del sí mismo de Fernando Vidal, la explicación de su maldad humana signada espantosamente por el destino de un Edipo Rey, vidente, consciente de su pecado y con sentido premonitorio de su muerte. En la misma noche de su muerte, Fernando Vidal concluye el informe y se dirige al encuentro de su fin. Todo el informe

está en primera persona. Fernando se aproxima con su desasosiego irreversible frente al enigma de los ciegos mismos, de la secta—según su pensamiento trastrocado—enemiga de la humanidad:

Me llamo Fernando Vidal Olmos; nací el 24 de junio de 1911 en Capitán Olmos, pueblo de la provincia de Buenos Aires, que lleva el nombre de mi tatarabuelo. Mido un metro setenta y ocho, peso alrededor de 70 kilos, ojos grisverdosos, pelo lacio y canoso. Señas particulares: ninguna. Se me podrá preguntar para qué diablos hago esta descripción de registro civil. Nada hay casual en el mundo de los hombres [268].

Sus relatos y reflexiones más conturbados son una suerte de atado de lo retrospectivo con presentes y angustiadas y demenciales conclusiones:

Siempre me preocupó el problema del mal cuando desde chico me ponía al lado de un hormiguero armado de un martillo y empezaba a matar bichos sin ton ni son. El pánico se apoderaba de las sobrevivientes, que corrían en cualquier sentido. Luego echaba agua con una manguera: inundación. Ya me imaginaba las escenas dentro, las obras de emergencia, las corridas, las órdenes y contraórdenes para salvar depósitos de alimentos, huevos, seguridad de reinas, etc. Finalmente, con una pala removía todo, abría grandes boquetes, buscaba las cuevas y destruía frenéticamente: catástrofe general. Después me ponía a cavilar sobre el sentido general de la existencia, y a pensar sobre nuestras propias inundaciones y terremotos. Así fui elaborando una serie de teorías, pues la idea de que estuviéramos gobernados por un Dios omnipotente, omnisciente y bondadoso me parecía tan contradictoria que ni siquiera creía que se pudiese tomar en serio. Al llegar a la época de la banda de asaltantes había elaborado ya las siguientes posibilidades:

- 1.º Dios no existe.
- 2.º Dios existe y es un canalla.
- 3.º Dios existe, pero a veces duerme: sus pesadillas son nuestra existencia.
- 4.º Dios existe, pero tiene accesos de locura: esos accesos son nuestra existencia.
- 5.º Dios no es omnipresente, no puede estar en todas partes. A veces está ausente, ¿en otros mundos? ¿En otras cosas?
- 6.º Dios es un pobre diablo, con un problema demasiado complicado para sus fuerzas. Lucha con la materia como un artista con su obra. Algunas veces, en algún momento logra ser Goya, pero generalmente es un desastre.
- 7.º Dios fue derrotado antes de la historia por el Príncipe de las Tinieblas. Y derrotado, convertido en presunto diablo, es doblemente desprestigiado, puesto que se le atribuye este universo calamitoso [264-265].

En la novela hay dos ejemplos plásticos con respecto de contemplar la realidad desde distintos vértices. Este objeto de contemplación es el Mirador de la casa de Barracas, verdadero personaje ambiental, fantasmal y alegórico, creado por Sábato. Allí tienen lugar algunas de las entrevistas de Martín y Alejandra. En el relato es visto por este torturado y también por Bruno. Aparentemente ello no tendría significación; pero el 'ver' de Martín corresponde a un presente, el presente deteriorado, enloquecido de la familia de Vidal Olmos, y el 'ver' de Bruno, a otra época, a la de la niñez y adolescencia de éste, en que aún pudo rescatarse una noble prosapia, pero que empezó a enturbiarse con la existencia enigmática de Fernando. El Mirador tiene dos historias: un antes y un después, un 'antes' y un 'después' concurrentes en sus significaciones, incidentes en la vida de Bruno y de Martín, por cuanto que representa un mundo en que el misterio, la soledad, el sufrimiento, el desasosiego concurren y se atan para el particular destino de estos personajes. El Mirador es el lugar al que, en distintas épocas, cada quien por su lado, irá en peregrinaje, en busca de consolación y que habrán de ver convertido en muros ennegrecidos y cenizas porque allí habría de consumarse la purificación de Alejandra por el fuego.

En cuanto a nuevas formas lingüísticas, así como a construcciones sintácticas obtusas, nada qué decir con respecto de la expresión poética de Ernesto Sábato. No recurre a distorsiones; es sincero, castizo en el uso de su universal y rica habla. Ya se aludirá a su neobarroquismo que implica la observación sobre esa 'habla' y la complejidad de su temática.

Uno se embarca hacia tierras lejanas, indaga la naturaleza, ansía el conocimiento de los hombres, inventa seres de ficción, busca a Dios. Después se comprende que el fantasma que se perseguía era Uno-Mismo.

Con ese conturbador pensamiento inicia Ernesto Sábato la «justificación» de *Hombres y engranajes*; así, anticipadamente en el tiempo, el mismo nos ayuda a explicarnos en sentido de *Sobre héroes y tumbas* y nos hace intuir el desasosegado quehacer de quien crea. *Sobre héroes y tumbas* es la novela de un hombre absorto que, desde los distintos vértices que son sus personajes, muestra su angustia y experiencia interiores. Aglutinando esos vértices, en mágica conversión geométrica, obtiene dos fases en que lo angélico y lo demoníaco revelan su dominio sobre el hombre. Las historias de sus personajes fundamentales —Martín, Alejandra, Bruno, Fernando— son las historias de cuatro seres que se buscan a sí mismos, con interioridades